

---

## DECIMA PARTE

---

### I

Matzko y Jaghenka, se detuvieron en Plotzk unos días, para tratar asuntos de la herencia y descansar un tanto de las fatigas del viaje.

Los caminos estaban en buen estado porque el viento había secado el agua que los inundara anteriormente, y el país que atravesaban era tranquilo y hospitalario.

Pero Matzko, siempre prudente, no se olvidó de anunciar su llegada á Jasko, hermano de Jaghenka, para que saliera á su encuentro con algunos soldados.

Fué inmensa la alegría de Jashko al volver á abrazar á Jaghenka. Parecíase mucho á su hermana, y era alto inteligente y robusto como su padre.

Hallóla muy cambiada y hermosa, y declaró que si hubiera tardado algo más en regresar no le hubiera hallado, por estar dispuesto á partir para pelear con los alemanes.

—Viajar no me parece mal,—repuso Matzko,—más para combatir eras muy joven todavía.

— Aunque soy un muchacho no se burlarían de mí,— repuso jovialmente Jasko.

— ¿Y Chtan y Vilko?— preguntó Matzko.

— Vilko ha muerto en Silesia asaltando una fortaleza.

— ¡Pobrecillo! ha muerto en Silesia, de donde su padre siempre volvía con un rico botín.

No es tan fácil asaltar una fortaleza, pues una mala raza, no preserva de morir. ¿Y Chtan?

— Se ha casado con la hija de una aldeana de Byeg muy bella, que por cierto lleva en la casa los pantalones.

Matzko sonriendo,— repuso.

— Todas las mujeres son iguales... aunque tú, Jaghenka, no podrás hacer lo mismo. En fin que á Dios gracias, Bogdanetz está salvo?

— Sí; aunque Chtan, quería vengarse, pero Vilko consiguió disuadirle. Llegó á Zgogelitz furioso, pidiendo cuenta de la partida de Jaghenka, pero yo le dije que había ido á recojer la herencia del abad. Vilko me preguntó porque no le había dicho nada de ello, y yo le pregunté á mi vez, con que derecho me interrogaba y si acaso Jaghenka, era suya; entonces me dió la razón, y defendió á Bogdanetz.

— Qué Dios le haya perdonado.

El viejo caballero encontró sus tierras bien administradas y multiplicados sus rendimientos; la casa aunque antiquísima se hallaba perfectamente conservada, y todo estaba en perfecto orden.

— Yo, podré vivir aquí, pero Zbishko necesita un castillo.

— ¿Un castillo?

— ¿Y por qué no?

Matzko, hacía mucho tiempo que pensaba en su sobriño, éste, merecía por su conquistada alcurnia morar en un castillo, y no en una pobre casa.

— Cuando sea marido de Jaghenka se decía, aunque

Mocidoli sea suyo, quiero que rivalice en riqueza con cualquier caballero.

Todo dependía de la vuelta del joven, y Matzko imploraba á Dios que le concediera tanta felicidad. Por esto, regalaba cera y harina á la iglesia de Kscesno, y decidióse á visitar la tumba de la reina Edvigia, en Cracovia, para implorar su intercesión en el cielo.

— ¿Es qué habeis recibido alguna mala noticia?— preguntó Jaghenka.

— No, pero cuando estuve enfermo, hice el voto de ir á Cracovia y él mismo lo escuchó de mis lábios.

— Sí, pero ahora, os halléis muy cansado para tan largo viaje.

— Por eso prefiero partir en seguida y aguardar después tranquilamente el regreso de Zbishko. Si nuestra reina quisiera interceder cerca de Jesús, ni veinte alemanes contra Zbizko lograrían tocarle el pelo de la ropa. Después, daré comienzo á las obras del castillo.

— Parece que os sentís fuerte.

Ya lo creo, y Jashko que desea ver mundo, podrá acompañarme, yo le adiestaré en el manejo de las armas, pues ya sabes que conozco perfectamente todas las suertes de la guerra.

— Lo sé, nadie podrá instruirle mejor que vos.

— Creo, sin embargo, que no sé presentará ocasión de luchar. Cuando vivía la reina, estaba Cracovia llena de caballeros que iban á rendir tributo y admirar la belleza de la soberana, pero ahora todos van á Malborg.

— ¡No tendremos otra reina como aquella!

— Ciertamente.

Y después volviendo á su pensamiento añadió:

— Dentro de dos ó tres semanas, estaré de vuelta.

El viejo caballero hizo jurar á Jashko obediencia si partía con él, Povala de Tacev y el príncipe Jamont les facilitarían su presentación en la corte.

Matzko, que deseaba contestar á las preguntas que el

hermano de Jaghenka le hacía sobre los cruzados, le dijo:

—Son muy fuertes, ¿pero no puede quizá caer de la silla hasta el más fuerte guerrero cuando la cincha de su caballo se ha roto?

—Sí.

—Pues eso quiero decirte y aunque eres un chicuelo...

—¿Qué?

—Vamos, que te atreverías á vencer á un caballero en tales condiciones...

## II

Matzko se detuvo poco en Cracovia, y hubiese apresurado más su partida, si Jashko no se hubiese empeñado en ver la ciudad que era una maravilla.

Cuando el viejo volvió á Bogdanetz, se habituó á la vida de un verdadero campesino, cuidando de los bosques y de los campos, é introduciendo en unos y otros todas las mejoras que le sugería su buen deseo, de ver próspera y feliz la posesión de sus antepasados.

Matzko no dudaba que con dinero y paciencia, aquellos terrenos ingratos volveríanse fértiles.

Levantábase con el alba, acostábase con el sol, vigilaba sin cesar á los siervos, y no pasaba día que no pensara que mientras él se ocupaba en acrecentar sus riquezas el

pobre Zbishko tal vez yacía en el suelo con el pecho atravesado por una lanza.

Sufría tanto el pobre anciano, que únicamente en las freses de Jaghenka hallaba algún consuelo.

Todos los días iba al encuentro de aquél, y le hablaba del querido ausente, que quizás tardaría un año en volver. Preguntábase á menudo:

—¿Qué hay?

A lo que él contestaba:

—¡No vuelve!

A veces, era Matzko, el que iba Zgogelitz, y entonces, acompañábala para defenderla de alimañas y osos, que de cuando en cuando salían de sus guaridas.

—Me habéis dicho,—exclamó un día la hija de Zich,— que batirse á campo raso, es menos peligroso que asaltar un castillo.

—Sí.

—Zbishko lleva una buena coraza.

—Sí, es milanesa y de las mejores.

—No habrá arma que la atraviese.

—Lo que la mano del hombre ha construido otra mano del hombre puede destruir. La coraza de Milán puede hallar una lanza de Milán también, ó una espada inglesa.

—¿Inglesa?

—Sí, son las mejor templadas.

—Malditas sean. ¿Os habéis batido con los ingleses?

—Ya lo creo. Es preciso atacarles muy de cerca, y así no tienen espacio para parar los golpes.

—¡Dios que os ha protegido, protegerá á Zbishko!

Diariamente repetíanse aquellos coloquios, mientras el tiempo proseguía su marcha fatal.

Matzko, disputó una vez con el anciano Vilko, porque éste pretendía una pieza de tierra que perteneció al abad; y viendo que Matzko no quería ceder, le dijo:

—Confío á Dios mi causa, y El me vengará de tamaña injusticia.

Matzko, al oír aquellas palabras, se turbó.

—Oid,—dijo,—el litigio empezó en vida del abad, y ahora, no se sabe de parte de quien está la razón, pero ya que invocáis la maldición de Dios sobre mi familia, os cedo ese campo, á fin de que nada malo pueda ocurrir á mi sobrino.

Tanto Vilko, como Kaleb, quedaron asombrados al ver el desinterés de Matzko, y Vilko murmuró:

—Ojalá recobréis á vuestro sobrino y no os cueste las lágrimas que me cuesta mi hijo.

Se echaron uno en brazos del otro y quedaron más amigos que antes.

Vilko fué á comer á Bogdanetz, donde fué recibido con gran cordialidad.

Jaghenka muy contenta al ver la buena disposición de los ancianos, dijo:

—Si Dios es misericordioso, protegerá á Zbishko y hará que vuelva pronto.

—Así lo creo.

—¡Amáis mucho á Zbishko!—exclamó Jaghenka.

—¿Quién no le querría? ¿Le odias tú quizá?

—¡Oh! ¡dejadme!

### III

La guerra de los cruzados contra Vitoldo, interesaba á todo el pueblo, y decíase que Jagellon, los nobles y los caballeros deseaban un rompimiento franco de hostilidades.

Matzko pensaba que la guerra no comenzaría tan pronto y decía á Jashko y á sus amigos:

—Mientras viva el Maestre Konrad, no se declarará la guerra. Conocen demasiado la fuerza del rey y le temen.

—¿Y si es el rey el que declare la guerra?

—No, no lo hará, conozco á nuestro rey y sin querer disminuir su mérito, me parece que no quiere verter por propia iniciativa sangre cristiana.

Matzko, á fuerza de discutir, había conquistado fama de hombre avisado, así es, que muchos iban á Bogdanetz para consultarle y saber su opinión.

El anciano se alegraba y decía á sus consultores:

—Si en vez de preguntarme á mí os aconsejáseis de Zbishko, entonces sabríais grandes cosas. Os aseguro que podría formar parte del consejo del rey.

A fuerza de repetir aquellas palabras, se convenció á sí mismo de que su sobrino era un portento.

Llegaban del norte vientos de guerra. Vitoldo luchaba por fin, y tan pronto era vencedor como vencido; decían que los alemanes habían sufrido pérdidas inmensas durante el invierno. Un día, llegó á Bogdanetz la noticia de que Vitoldo había tomado Kovno la Nueva (Ghettersverder) destruyéndola hasta los cimientos.

Matzko montó á caballo, y corrió á Zgogelitz para dar la grata nueva; pero ya la sabía Jaghenka y también sabía que Vitoldo trataba de firmar la paz, cosa que le interesaba muchísimo porque hacía preveer la vuelta de Zbishko.

—Cuando se trata de Vitoldo todo puede creerse, porque lo mismo hace la paz que la guerra; algunos reprueban su conducta y hasta á mí me parece vituperable, sino fuera porque comprendo que habla siempre en favor de su pueblo. Yo solo quisiera una cosa: que Zbishko volviera.

—Volverá...

Dorábanse ya las espigas de los campos, pero Zbishko

no regresaba, Matzko decidió ir á Spichov para saber noticias, y ver como se las componía Glava en el gobierno de aquella vasta posesión.

Jaghenka quería acompañarle, y él se obstinaba en ir solo, cuando llegó á Bogdanetz oyó á un muchacho que le gritó:

—¡Ya ha llegado! ¡ya ha llegado nuestro señor!

Efectivamente, Zbishko regresaba. Estaba seco, bronceado por el sol y por el viento.

El teheque dijo que sobre la tumba de Danusia y de su madre había esparcido gran número de penachos y plumas alemanas, y que había cogido gran número de caballos y armas preciosas.

Matzko deseaba oír la relación de las aventuras de su sobrino, pero éste no quería hablar.

Tenia dos costillas rotas y tuvo que meterse en cama.

Las antiguas heridas se abrieron; no corría peligro su vida, pero el joven yacía sin fuerzas; acabado, y de nada servían ungüentos y medicinas enviados por Jaghenka y Kaleb.

—¿Qué tienes, qué sientes?—preguntaba continuamente Matzko á su sobrino.

—No tengo nada, no quiero nada.

Jaghenka, pensó que además de sus dolencias corporales, Zbishko, debía tener alguna pena moral, y se lo dijo á Matzko.

Este repuso:

—Es mucho más fácil que hable contigo, porque te quiere; he advertido que cada vez que pasas por su cuarto no aparta de tí su vista.

Matzko, dijo á Zbishko una mañana:

—Glava me ha dicho que pusistes muchos penachos sobre las tumbas de Spichov.

Zbishko inclinó la cabeza asintiendo, y el viejo prosiguió:

—Veo que Dios te protege, porque vencer caballeros es

más difícil que abatir soldados. ¿Les desafiaste tú?

—Muchas veces.

—¿Traes rico botín?

—En gran parte me lo ha dado el príncipe Vitoldo.

—¡Siempre generoso!

Zbishko cerró los ojos, pero su tío le preguntó:

—Dime la verdad; has experimentado alegría al poner los penachos sobre las tumbas.

El joven abrió los ojos lentamente.

—¡No!

—¿No? Yo pensaba que las almas de esas santas mujeres celebrarían tus victorias.

—No desean que se vierta sangre humana.

—Entonces, ¿por qué fuiste á la guerra.

—Esperaba consolar á Danusia y consolarme á mí mismo, pero me engañé.

—En qué lo conoces.

—En que todo me aburre.

—Matar á un enemigo no es pecado, sobre todo cuando es enemigo del pueblo.

—Es verdad.

—¿Estás triste por Danusia?

—Sí, pero á veces, creó que tal vez fué la voluntad de Dios.

—¿Y entonces?

—¡Ay!

—Toma un baño caliente y bebe miel. Todo esto pasará...

—No lo creo, es imposible que haya para mí alegría.

Matzko creyó oportuno abandonar reticencias y díjole:

—Creo que has perdido algo, pero que algo te vas á encontrar.

—¡Quién sabe!

Matzko comprendió haber puesto el dedo en la llaga, y por la noche, cuando llegó Jaghenka, el anciano se apre-

suró á decirle que había descubierto lo que deseaba Zbishko.

—¿Qué quiere?—dijo.

—Tú tienes la medicina.

—¿Yo?

El anciano la abrazó y la dijo al oído algunas frases; la joven se ruborizó.

—¡No puedo creerlo!

—Digo la verdad,—contestó Matzko sonriendo.

IV

Zbishko recordaba á Danusia, pero la veía siempre como á través de un velo de celeste gasa; nada había en ella de terrestre, era un espíritu, un alma pura, y á veces le parecía imposible que aquella mujer hubiera existido, pues antes la imaginaba un ángel que un sér terreno. Su amor se había divinizado, la recordaba con piadoso y casto afectos.

Zbishko convaleció lentamente, y pronto las rosas colorearon sus mejillas y sus cabellos bajaron en espesos rizos sobre los anchos hombros.

Pero el joven, no abandonaba el lecho, porque le placían los cuidados de Jaghenka. Cuando se hallaba á su lado sentíase mejor.

Decía que una vez curado, marcharía con tártaros y sarracenos buscando la muerte libertadora; entonces era cuando Matzko no le contradecía pero llamaba á Jaghenka y cambiaba de parecer.

La joven le amaba ardientemente; en la corte de Plotzk muchos caballeros se arrodillaron ante ella, pero ninguno conmovió su alma como Zbishko, que fué su primer amor.

Al ver convalecer al joven, se avivaba en ella el fuego de la pasión que ni así misma quería confesarse.

Hasta con Matzko era disimulada.

—¡Te cuido tanto, por lo mucho que quiero á tu tío!—decía la joven.

—¿Cambiado? tal vez mi cuerpo, pero no mi alma.

Miráronse largo rato turbados.

A veces, sucedía que en mitad de una conversación quedábanse contemplándose sin proferir frase alguna, entonces sus ojos espresaban con elocuencia sus sentimientos.

La muchacha, palpitaba de amor y Zbishko consumíase entre dudas.

Un día, habló á su tío de Jaghenka, el cual le dijo:

—Cuando podía ser tuya, no la quisiste, y ahora temes perderla... peor para tí.

Matzko gozaba atormentándole, y cuando habló de partir á la guerra, le contestó:

—Cuando eras un niño, mi deber fué cuidar de tí, pero ahora eres libre.

Zbishko, asombrado, repuso.

—¿No tratáis de disuadirme?

—No, me duelo que la familia se extinga contigo, pero hasta eso tiene remedio.

—¿Cuál?

—Es verdad que soy algo viejo, pero todavía estoy fuerte; Jaghenka es muy hermosa, fui amigo de su padre, y...

—Sí que lo fuisteis: pero eso, que...

Callo el joven y Matzko añadió:

—Ya que quieres morir á toda costa, ¿cómo impedirlo?

—¡Hoy partiré!

—¡Estúpido!—murmuró el anciano, y salió de la estancia para ir á ver las obras del suntuoso castillo.

V

Matzko propuso á Zbishko ir á Zgogelitz para dar las gracias á Jaghenka por todos los cuidados y atenciones que había tenido por él.

El valiente capitán púsose su traje de gala y peinó cuidadosamente sus cabellos.

En aquellas épocas llevábanlos dentro de una redcilla, pero cuando iban á ver á sus adoradas, los rizaban con esmero, poniéndoles clara de huevo para darles brillantez.

Zbishko deseaba arreglarse la cabeza perfectamente, pero los criados eran ineptos y blasfemaba entre dientes, cuando entraron en la habitación Matzko y Jaghenka, que llegaba inopinadamente.

—Bendito sea el nombre de Jesús,—dijo el joven.

—Amén—contestó Zbishko sonriendo—¿qué buen viento te trae por aquí? Ahora iba yo á tu casa.

Rióse Jaghenka fijándose en la cabeza que le habían puesto los criados.

—¡Qué monstruo!—exclamó,—si bajas al jardín asustarás á los pájaros.

Zbishko contestó:

—Ríe, ríe lo que quieras.

—No me río de ti, sino de las manos que han caído sobre tí; yo sería capaz...

—¡Cál!

—¿Quién peina á Jashko?

—Es tu hermano.

—¿Quizá es más fácil peinar á los hermanos?

Matzko intervino.

—Hay una antigua costumbre,—dijo,—que quiere que un caballero pueda ser peinado por una joven noble, aunque no tenga parentesco con él.

—¿Es verdad que existe tal costumbre?—dijo Jaghenka ruborizada.

—Sí, y vosotros, marcháos,—contestó Matzko, dirigiéndose á los siervos.

—¡Traedme agua caliente! ordenó Jaghenka.

Matzko salió del cuarto; ambos jóvenes quedaron solos. Jaghenka bañó los cabellos de Zbishko con el agua caliente, y luego sentóse á su lado para peinarle.

Formaban aquellos dos seres una pareja bella y enamorada, pero triste y abatida.

La joven hundía con embriaguez sus dedos entre los cabellos del apuesto garzón, quien apenas contenía el ansia de estrecharla contra su pecho.

Zbishko respiraba con anhelo.

—¿Te sientes malo?

—No...

—Tú suspiras...

—Tú también.

Jaghenka vió la mirada apasionada de Zbishko y repuso:

—¿Por qué me miras así?

—¿Te molesto?

—No.

—Jaghenka...

—¿Qué?

Zbishko lanzó un profundo suspiro y solo dijo después:

—¡Jaghenka!...

—Habla.

—Tengo miedo.

—No temas, que no soy ninguna serpiente.

—Matzko dice que te desea, pero no para sí.

—Sí, pero...

—¡Santo Dios! ¿y tú?

—Mi padre, el abad, yo... ¿sabes?

Zbishko abrazó á la muchacha, exclamando:

—¡Jaghenka, Jaghenka, hermosa mía, adorada de mi alma!

Matzko, al oír aquel rumor, apareció en el umbral y comprendió.

—¡Calma! ¡calma!—dijo campechanamente.

Los jóvenes se lanzaron hacia él, que murmuró:

—Bendito sea el nombre de Jesús, se ha cumplido mi deseo, vamos á Zgogelitz. Cuánto daría porque viviesen Zich y el abad; pero yo vivo y os amaré por los dos.

Matzko, conmovido, repetía:

—Vale más oro que pesa; dichoso él.

Cuando abandonó la estancia, viendo en el jardín amarillos girasoles, exclamó:

—Tenéis muchos pétalos, pero mis sobrinillos serán aún más numerosos; Bogdanetz, Spichov, Mocidoli y hasta Fuchof, cuando muera Vilko, serán sus feudos.

Jaghenka y Zbishko acercáronse á los caballos ya ensillados, y el anciano los abrazó una vez más, gritando:

—¡Bendígaos Dios, que al daros la felicidad cumple mis más caros votos!

---

## UNDECIMA PARTE

---

### I

Zbishko y Jaghenka vivían en Mocidoli, mientras el viejo Matzko hacía construir para ellos un viejo castillo en Bogdanetz. Algunas dificultades ofrecía la construcción porque quería el viejo que las paredes maestras fueran todas de piedra y la torre principal de sólidos ladrillos, que abundaban poco en la comarca.

El primer año hizo construir los fosos, lo cual no le costó mucho, porque precisamente el sitio escogido para elevar el edificio estaba rodeado de un terreno bajo, en el cual, con sólo arrancar los arbustos, podía fácilmente ahondar el foso. Al intentar tal operación se descubrió un manantial de agua que inundó las escavaciones, y fué preciso que Matzko mandara hacer algunos desagües para que se pudiera continuar trabajando. Después reunió con sumo cuidado todos los materiales de construcción, jáce-